

## Introducción

La primera vez que vi al papa san Juan Pablo Magno tenía doce años y estaba sentado en los últimos sitios del *Sun Devil Stadium* [Estadio del diablo del sol], (vaya un nombrecito...). Con ayuda de unos prismáticos podía distinguir una minúscula figura blanca, allá a lo lejos, en el escenario, que parecía estar a miles de kilómetros. Gracias a Dios, los organizadores de la Universidad Estatal de Arizona tuvieron el tacto suficiente para cubrir las imágenes de su mascota, *Sparky the Devil* (el diablillo marchoso), para la Misa del Papa.

No me acuerdo de lo que dijo el Santo Padre en esa tarde, pero tuve la fortuna de verle en persona en más de veinte ocasiones y aproveché todas esas oportunidades para absorber su mensaje. Muchos de esos encuentros fueron a distancia, entre cientos de miles de personas. Algunos pude estar más cerca, como cuando acudí a las audiencias de los miércoles en Roma o tomé unos momentos su mano cuando pasaba con el Papamóvil. Pero, cuando se acercaba el XV Día Mundial de la Juventud, para conmemorar el jubileo del año 2000, empecé a rezar para tener la oportunidad de encontrarle en Roma, cara a cara. Sabía que apuntaba muy alto, teniendo en cuenta que acudirían otros dos millones de personas,

lo que, dicho sea de paso, lo convertiría en la peregrinación más grande de la historia de Europa.

En ese momento, yo acaba de salir de la universidad y trabajaba en California del Sur, además de ser voluntario para un grupo juvenil de un instituto de La Jolla. Como preparación de nuestro viaje transoceánico, el obispo Robert Brom, de San Diego, nos fue a visitar y a darnos su bendición. Esa noche nos contó una historia que demuestra la grandeza de San Juan Pablo Magno.

Cada cuatro años, los obispos hacen un viaje a Roma, que se llama visita *ad limina*, para ver al Papa y departir con él los asuntos de la diócesis. Esas visitas formaban parte del trabajo semanal del Santo Padre, y le permitían sentir los latidos de la Iglesia universal. En 1983, tras su nombramiento como obispo de Duluth, Brom hizo su primera visita *ad limina* al papa Juan Pablo II.

En esa visita, el Santo Padre miró a Brom a los ojos y le dijo: «Creo que nos hemos visto antes». El obispo estaba seguro de que nunca se habían visto cara a cara, y aseguró que era la primera vez. Juan Pablo II insistió: «Pues yo creo que no», pero Brom estaba igual de seguro de que sí. Días más tarde, en esa misma visita, el secretario del Papa, Monseñor Stanisław Dziwisz, se acercó al obispo Brom y le dijo:

—No discuta con el Papa, él recuerda cuándo se encontró con usted.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Brom.

—En noviembre de 1963, a la entrada de la Iglesia del *Gesù*, en Roma.

Brom se detuvo a reflexionar unos momentos y recordó que, efectivamente, ese año estuvo en Roma, en la segunda sesión del Concilio Vaticano II. En esa época él era un seminarista del Colegio Norteamericano, mientras que Wojtyła era obispo auxiliar de Cracovia. Un día, Brom y varios de sus compañeros del seminario estaban saliendo de la iglesia del *Gesù*, mientras el obispo Wojtyła

entraba con un grupo de seminaristas polacos. Los dos se vieron unos instantes, y Brom olvidó el fugaz encuentro.

Cuando Brom refrescó su memoria, preguntó a Monseñor Dziwisz: «¿cómo puede hacer eso?», a lo que este respondió que, para Juan Pablo II, encontrarse con una persona es encontrarse con Dios. Años más tarde, en otra visita *ad limina*, hacia el final de la vida del pontífice, el Santo Padre volvió a sacar el tema: «¿cuántas veces nos hemos visto, y cuándo fue la primera vez?». Esta vez Brom respondió bien. Juan Pablo II dio un golpe en la mesa y dijo sonriendo: «¡Por fin te has acordado!».

Cuando Brom nos contó su anécdota al grupo de jóvenes, no hizo sino aumentar mis deseos de conocer personalmente al Santo Padre. Hablé con todos mis contactos en Roma, esperando recibir una invitación a la Misa privada del papa, y luego volé a Italia, sin saber en qué pararía la cosa. A mi llegada al hotel de la *Via della Conciliazione*, la arteria principal que fluye hacia la plaza de San Pedro, informé en el mostrador de que estaba esperando una importante llamada del Vaticano. Pasaron varios días en los que nuestro grupo pudo disfrutar de los diversos actos de la Jornada Mundial de la Juventud, pero, por el momento, no hubo ninguna llamada.

Cuando volví al hotel a eso de la 1:00, me avisaron de que debía llamar al Vaticano. Mi corazón comenzó a palpitar con fuerza. Llamé. Cuando la hermana respondió al teléfono, me dijo con una voz opaca: «Jason, ¿dónde ha estado esta mañana?». Me dio un vuelco al corazón. Continuó: «Ha sido muy difícil de conseguir, pero esta mañana logré cogerle un sitio en la Misa de la capilla privada del Papa. Sin embargo, cuando llamé a su hotel para invitarle, dijeron que no sabían quién era usted. Siento que no haya podido ser esta vez». Medio trabándoseme la lengua le dije si no habría alguna posibilidad de conseguir otra invitación. Pareció dudar, pero me dijo que confiara en Dios.

Entre tanto, la Jornada Mundial de la Juventud había llegado a su fin, y nuestro grupo de jóvenes debía hacer las maletas para regresar a Estados Unidos. A veces mi temperamento obstinado me juega malas pasadas (con más frecuencia de la que querría), pero otras veces Dios se sirve de él para obrar maravillas. Así que dejé que el grupo se fuera sin mí. Quería permanecer en Roma hasta recibir la bendición del Papa, como Jacob en el libro del Génesis se negaba a dejar marchar al ángel hasta haber recibido su bendición. Pasó un día y, la noche anterior a la fiesta de Santa María Reina, recibí la invitación para ir a la Misa del Santo Padre, que diría la mañana siguiente, en Castelgandolfo. Esa noche apenas pude dormir. Por la mañana temprano tomé un taxi hacia las colinas de las afueras de Roma, donde Juan Pablo II pasaba unos días del verano.

Entré en el patio de su residencia de verano y me uní a un grupo de 200 peregrinos polacos al que también habían invitado a celebrar la fiesta con el Santo Padre. Cuando la Misa terminó, Juan Pablo II corrió a un lado uno de los asientos, para poder saludar a los visitantes. Me quedé atrás observando cómo se acercaban los peregrinos en grupos de cincuenta, se paraban unos momentos para tomarse fotos con él y se iban. Hice señas a uno de los ayudantes del pontífice y le pregunté si podría encontrarme con el Papa personalmente. Con su mejor inglés, me contestó: «No es posible».

Había llegado lo más lejos que podía, todas mis esperanzas pendían ahora de un hilo. Había agotado mis contactos para llegar hasta allí, pero todavía quedaba uno, y precisamente era su fiesta: la Virgen María. Así que, en el silencio de mi corazón, le dirigí cuatro palabras de aquel antiguo himno mariano, *Ave Maris Stella*: «Muestra que eres Madre». En tan sólo unos momentos, lo demostró. El ujier me hizo una señal, y entonces me acerqué a San Juan Pablo Magno e hincué una rodilla ante él, mirando a sus ojos

azul-grisáceos mientras le agarraba el brazo. Le enseñé un libro sobre castidad que había escrito, dirigido a los jóvenes, y él, después de bendecirlo, me hizo la Señal de la Cruz en la frente, diciendo: «Que Dios te bendiga». Me puse en pie, lo abracé, le besé, y le dije en nombre de la juventud: «Le queremos mucho».

Cinco años más tarde, regresé a Roma con mi esposa, Crystalina, esta vez con la intención de que bendijera a nuestro nuevo bebé, Juan Pablo, que estaba enfermo. Otra vez agoté todos mis contactos: le puse un fax al secretario del Papa, me reuní en privado con un cardenal, la mandé un correo electrónico a un Arzobispo... pero no hubo manera. Un amigo sacerdote que vivía en Roma me consolaba: «No te preocupes. Tú llega temprano a su audiencia de los miércoles y siéntate en primera fila. El Papa no puede resistirse a los bebés». Hice como me dijo, nos despertamos antes del amanecer para ser los primeros en la cola, esperamos bajo la lluvia, y, en cuanto abrieron las puertas, fuimos a coger un sitio en la primera fila.

Miles de peregrinos de todo el mundo aguardaban en el Aula Nervi, y enseguida empezó la audiencia. Confiando en las palabras del sacerdote, alcé a mi hijo por encima de la barandilla que tenía frente a mí. La criatura llevaba un letrero bastante llamativo que decía: «Me llamo Juan Pablo», con una flecha de vivo color rojo señalando al reclamo. Efectivamente, una vez terminada la audiencia, uno de los asistentes papales descendió del estrado y se acercó a nosotros. Señalando hacia el Papa nos dijo, mirándonos a los dos: «*Il bambino e la sólo madre*». No sé mucho italiano, pero me pareció que sonaba a: «El pequeño y sólo la madre». El hombre me confirmó la traducción, y entonces traté de explicarle que estaba muy cerca de ellos, y que si no sería mejor acompañarles para ver al pontífice. ¿Su respuesta?: «*Il bambino e la sólo madre*». Con eso se abrió la barandilla y condujeron a Crystalina y Juan Pablo por las escaleras para recibir la bendición del Papa, exactamente

como había pasado conmigo años atrás. Como leerás en seguida, Juan Pablo II tenía un amor especial por los jóvenes, las madres y los que sufren por algún motivo.

\* \* \*

Se han escrito cientos de libros sobre el Santo Padre, estudiándole desde una perspectiva teológica, filosófica e histórica. En su biografía definitiva, *Testigo de esperanza*, le dijo a Georg Weigel que muchos de esos intentos habían fracasado porque «tratan de comprenderme desde fuera. Pero sólo se me puede entender desde el interior». Sus palabras se parecen a las de novelista francés Arsene Houssaye, que escribió: «Dime qué amas, y te diré quién eres». Aunque existen innumerables maneras de estudiar la figura de San Juan Pablo Magno, el camino más directo es entrar en el corazón del personaje. A fin de cuentas, el amor es la última medida de una persona. Una semana antes de ser elegido Papa, así lo afirmaba el biografiado: «Y nuestro Señor, conversando con Pedro al principio del primer pontificado, no pedía otra cosa que amor: “¿Me amas?”. Es la única pregunta que nos debe guiar a la hora de juzgar cualquier pontificado y cualquier vida humana».

De este modo, el objetivo de este libro es pintar un cuadro del Santo Padre desde el punto de vista de sus cinco amores. Considerando el tamaño de su corazón, concedo que es imposible colocar un número finito de cosas en él. Después de todo, seguro que él hubiera incluido entre sus amores Polonia, los niños no nacidos, sus amigos judíos y muchos otros. No obstante, aunque la presente lista de cinco es limitada y subjetiva, no es arbitraria.

Durante los últimos veinte años, he estudiado de cerca el pensamiento y la misión del difunto Santo Padre. En mis viajes para hablar con más de un millón de católicos de los cinco continentes, me he entrevistado con multitud de personas que le conocían

bien. Así he podido oír incontables y jugosas anécdotas que nunca han sido publicadas. Muchas veces pensé: «Por el bien de la Iglesia, esto tiene publicarse algún día», pero los años pasaban y el proyecto se quedó en una simple esperanza. Tras el anuncio de la canonización del Santo Padre en abril de 2014, supe que había llegado el momento.

Es probable que Juan Pablo II haya sido visto por más personas que ningún otro en la historia de la humanidad. Por tanto, sabía que no serían pocas las anécdotas. El desafío consistía en separar la realidad de la ficción, y en esforzarse por eliminar las leyendas urbanas, que existen en abundancia. Comencé localizando las fuentes primarias de las anécdotas que había oído a lo largo de los años y entrevistándome con cardenales, obispos y sacerdotes, así como con los que habían estudiado con el Papa o acampado con él mientras vivía en Polonia. Devoré todas las biografías del Papa que cayeron en mis manos, pasando decenas de miles de páginas. Me fui abriendo paso por una montaña de fuentes sobre el Papa, en busca de piedras preciosas. Este libro es una colección de esas joyas, presentada como un tesoro de la vida del santo.

En ningún caso pretende este libro ser exhaustivo. Lo que se dijo de Jesús también podría decirse de su vicario: que hizo otras muchas cosas, y «si se escribiesen todas ellas, pienso que no habría sitio suficiente en el mundo para contener todos los libros que se escribirían» (Jn 21,25).

Lamento no poder incluir algunas anécdotas extraordinarias en este libro al no haber sido capaz de localizar sus fuentes primarias. Por muy bonitas que sean, sabía que no le haría ningún favor a Juan Pablo II si difundiera leyendas sobre su persona. En el comienzo de su libro *Los Santos no son gente triste*, Frank Sheed observa: «No pocos santos ha sufrido más por parte de su biógrafo que de sus perseguidores. Los padres apedrean a los profetas, y los hijos les erigen monumentos... y con frecuencia los monumentos

también merecerían ser apedreados». Para erigir un «monumento» digno de San Juan Pablo Magno, he hecho todo lo posible por verificar los datos que se presentan en las siguientes páginas. Tengo que dar las gracias especialmente a George Weigel por revisar los datos del manuscrito y hacerme varias correcciones y recomendaciones que me han sido de gran utilidad.

La primera parte de este libro presenta una sucinta biografía de Wojtyła, el hombre. Antes de sumergirse en sus cinco amores, es absolutamente necesario comprender el crisol de sufrimiento humano en el que se forjó. Al fin y al cabo, uno no puede entender su amor por la vida sin conocer la profundidad con que se había visto inmerso en la cultura de la muerte. La segunda parte de este libro es su núcleo duro, y en ella analizo lo que creo que son los cinco mayores amores del Santo Padre: los jóvenes, el amor humano, el Santísimo Sacramento, la Virgen María y la Cruz. Rezo no sólo para que simplemente aumente tu aprecio por este gran santo —al reflexionar sobre él y lo que le cautivaba—, sino para que se enciendan amores parecidos en tu propio corazón.

JASON EVERT